

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



CAMBIO
DE
ESPOSAS

POR
Lew Cody,
Eleanor Boardman,
Renée Adorée, etc.

50 cts.



IRIBE, Rút

BIBLIOTECA

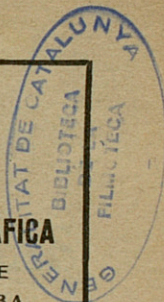
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.



*
CAMBIO DE ESPOSAS

Divertida comedia americana, interpretada
por los célebres y simpáticos artistas

LEW CODY, ELEANOR BOARDMAN,
RENÉE ADORÉE, CREIGHTON HALE,
etc.

Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

METRO - GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220-BARCELONA

* Ver ^{2.ª} 2.ª, 288

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona

CAMBIO DE ESPOSAS

Argumento de la película

¿Qué es el matrimonio?

El matrimonio es...

Bueno... Nosotros creemos que el matrimonio es una cosa que no necesita ni pregunta ni respuesta, porque cada cual opina sobre el santo lazo lo que más le conviene.

Pero, sin temor a equivocarnos, podemos decir que el matrimonio es una lotería de tantos billetes como se quiera, y que éstos es preferible que sean de mil... o de más pesetas.

Muchos juegan con mala sombra; y los menos se llevan un buen premio.

Juan y Margarita Rathburn estaban convencidos de que la suerte que les había tocado era nada menos que la de la felicidad.

Acababan de unirse ante el sacerdote. Se habían jurado amor eterno, y parecían dispuestos a cumplir el juramento hasta el final de sus existencias.

En otra iglesia, y simultáneamente, otro noviazgo llegaba a la soñada apoteosis.

Los jóvenes cónyuges eran Víctor y Elisa.

A las dos parejas de contrayentes, la "pistola" de San Pablo los había suprimido, sin queja, del mundo de los solteros, para conducirles suavemente al camino más o menos pedregoso de la vida en compañía...

Y ahora empieza la tragedia...

Llovía. Los novios, lo mismo una pareja que otra, se llevaron las manos al rostro y a la cabeza, para preservarse de lo que caía y que no era suave precisamente.

Pero lo raro era que llovía y el sol le hacía guiños a Elisa y le doraba los cabellos a Margarita, como en un día de Primavera.

No había nubes en el cielo. Nada. Ni el más insignificante celaje. El firmamento estaba tan maravillosamente nítido como las níveas manos de Margarita, que era delicada y suave como sus hermanas las florecillas de su nombre.

Y es que la lluvia no era líquida, sino — permítase el deseo de desconcertar — de confetti, piropos, votos de dicha sin par y de flores.

Juan y Margarita desaparecieron en el interior de un automóvil, ordenando, al subir, al *chauffeur*, que partiese al punto.

El lujoso vehículo embragó sin demora, y deslizóse majestuoso por la calzada, antojándoseles a los palominos, que iban camino de la gloria.

Margarita, muy discreta, muy bonita enfundada en sus galas de trocitos de cielo, tenía su vista fija en las preciosas flores, que reposaban sobre su regazo.

De pronto, Juan, consumido por un loco afán, bajó las cortinillas de las ventanas del coche, para sumir en amable sombra el reducido espacio por Margarita y él ocupado.

—¿Qué haces, Juan? — dijo la esposa.

El marido se derretía en el ansia de besar a la adorada compañera, pero Margarita, apartándole suavemente, echó hielo al fuego.

—Vamos, Juan, que pueden vernos.

Y Juan, obediente, lamentándose íntimamente de que su costilla fuese tan ordenada, quedó inmóvil en su sitio, en espera de encontrarse en casa para gustar la miel de las fresas que se asomaban entre la naricita y la barbita de su Márgara.

Y las cortinillas volvieron a circular sobre su extremo superior, dejando al descubierto a los ocupantes del automóvil.

El otro matrimonio, Víctor y Elisa, emprendía también el regreso al hogar, y en el coche en que iba sucedía exactamente lo mismo que en el de Juan y Margarita.

Pero se habían cambiado los papeles.

¿Error?

¿Casualidad?

¡Nada de eso!

¡Obra de la naturaleza, contra la que nada se puede!

Elisa bajó las cortinillas y acercándose fo-

gosamente a su maridito, le enroscó los brazos al cuello y exclamó, dándole ella el ejemplo:

—¡Dame un beso, vida mía!

Víctor quería protestar — ¡pues estaban en un automóvil y no en el hogar conyugal!—, pero Elisa lo apresó de tal suerte con sus amorosos brazos, que el marido tuvo que pasar por lo que la esposa quiso.

Como se ha visto, las dos parejas se complementaban: Juan era fogoso, y Margarita metódica; Víctor era ordenado, y Elisa... un ciclón.

¿Iban a ser felices?

A primera vista, sí; pero... Muy bonitas eran las desposadas, de belleza suave Margarita, y ardorosa Elisa. Muy agradables eran los esposos, materialista Juan, y soñador Víctor. Los cuatro formaban dos simpáticas parejas; pero...

En la vida ha de haber siempre un "pero"...



Cantaban los pájaros en las ramas glaucas y suaves de los árboles de los cuidados jardinillos que exornaban la entrada de las sendas casitas de los matrimonios Juan-Margarita y Víctor-Elisa, a quienes la casualidad había convertido en vecinos, y cuyas relaciones eran muy cordiales.

Penetremos en el hogar de Margarita.

El hada delicada del nido se levantó apenas Febo secara las lágrimas de las flores del jardín.

Hecha su *toilette*, se ocupaba de su marido. Encima de una silla depositó muy ordenadamente la ropa interior que Juan tenía que ponerse limpiita, echó un vistazo a las puntas y los talones de los calcetines, a fin de que no se le escapase el menor agujero; y cuando todo estuvo listo fué a despertar al compañero, que dormía con toda su alma y un poco más.

Juan tenía el vicio fatal de alargar la noche a su comodidad, y así muchas veces se le-

vantaba a las once de la mañana, disculpándose de ello a Margarita, pretextando, o dolor de cabeza, o un poco de reuma, o, a falta de dolores, no haber dormido en toda la noche.

Margarita conocía el paño, como vulgarmente se dice, y discretamente censuraba al esposo su afición a la bartola, resignándose a esperar que reaccionase por sí mismo.

Eso — la resignación de Márgara — duró algún tiempo, pero se quedaba en eso; en vista de lo cual, ella tomó otra medida para obligar a Juan a saltar del lecho a la hora debida para acudir puntualmente a la oficina.

Aquella mañana, cuando estuvo preparada para salir, no quiso dejar en la cama a Juan, expuesto a quedarse dormido hasta la tarde, y para desperezarlo levantó bruscamente el estor que cerraba el paso a la luz en la habitación.

El afilado dardo de oro de la celeste claridad se hundió en la estancia rasgando los velos de la penumbra... pero Juan siguió durmiendo, como si nada hubiese ocurrido.

Entonces Margarita, sonriente, amorosa —

para sus adentros—, y dispuesta a mostrarse severa con el dormilón — para corregirle — separó de un tirón las ropas de la cama, dejando a Juan sin abrigo.

—¿Qué haces, Márgara? — protestó él.

—Este es el tercer aviso, Juan.

El perezoso dió la razón a su esposa, y como, al parecer, su trabajo no le reclamaba a ninguna parte, bastándole que, cuando a él no le daba por ir a la oficina, sus empleados defendiesen como propios sus intereses, pretendió jugar con Margarita.

La estrechó entre sus brazos, decidido a hacer locuras, como un niño mimado.

Pero Márgara, seria, ordenada, respetuosa de las horas, señalándolas para determinadas obligaciones inconfundibles, se negó en absoluto a darle más de un beso a Juan.

—Pero, Márgara... No te vayas... ¿No me esperas?

—¡Esperarte, con lo lento que eres para vestirme!

—No seas mala, mujer... Tan linda... tan buena...

—Sí... sí...

—Acércate, ingrata...

—Vamos, Juan, no te pongas pesado.

—Bueno... como quieras.



—Vamos, Juan, no te pongas pesado.

—Date prisa, que es tarde.

—Hoy no me siento con ganas de traba-

jar; en cambio, me dominan unas ansias locas de divertirme.

—Pues tendrás que divertirme solito todo el día, porque yo voy a salir a hacer unas compras y almorzaré en casa de mamá.

—¡Muy bonito! De modo que yo...

—Tú debías estar ya en la oficina...

—¡Desagradecida! Después que yo quería dedicarte el día a ti... ¡Todas las mujeres sois lo mismo!

—No seas niño, Juan...

—Bueno... bueno...

—Adiós... Nos reuniremos a la hora de la comida. A las siete, ¿eh? A ver si llegas tarde y me enfado.

—Adiós...

Juan quedó refunfuñando. Le disgustaba que su mujercita se erigiera en consejera, cuando él hubiera deseado que acatase todos sus caprichos sin discutirlos. A veces no podía menos de llamarla "suegra".

Entretanto, en la casa vecina, Elisa y Víctor estaban en la cama todavía.

De pronto, Víctor se percató, por el despertador, de que era ya muy tarde para él y

se levantó desoyendo las súplicas de Elisa, que quería que siguiese en el mullido lecho, muy cerquita de ella, que estaba siempre de humor para divertirse.

En la habitación reinaba un desorden rayano en anarquía. Las ropas yacían en el suelo y por todas partes, entremezclándose las de Víctor con las de Elisa, y viceversa.

Muchas veces Víctor se pasaba media hora y acaso más buscando uno de sus calcetines o su corbata o sus puños.

Allí reinaba la República del Atolondramiento, que es un gobierno fatal.

Al precipitarse fuera de la cama, Víctor tropezó con un zapato de su mujer, por estar donde no le correspondía, y el tacón, no tan alto como la Torre Eiffel pero casi, casi, erguido hacia el techo, y se lastimó un pie.

—¡Válgame Dios! — exclamó Elisa—. ¿Te has hecho daño, vida mía?

Murmurando, Víctor se repuso del dolor al momento, pues no estaba dispuesto a caer en manos de su esposa para que se lo aliviase con mimos, palabritas melosas, besitos y demás excesos de su inagotable repertorio.

Inmediatamente pasó Víctor a la sala de baño, tonificó sus nervios y se afeitó.

Elisa seguía en la cama, sin prisa por levantarse.

La criada del matrimonio "republicano", una mulata que nació cansada como su dueña, pero sin los nervios de ésta ni en su más mínima expresión, entró en el dormitorio con el periódico de la mañana debajo del brazo.

Por si algo le faltaba a la "agotada" criada, era también "rumiante", pues se pasaba el día mascando *chiclet*. Seguramente, la holgazana trataba de desentumecer sus miembros a fuerza de machacar goma.

¿Cómo?

Sí, porque la goma bota, y botar es ir de prisa.

Pero a la mulata la goma de marras le resultaba de pegar.

Sin embargo, no era suya toda la culpa. En parte intervenía en ella Elisa, quien para dueña de casa no valía ni la cáscara de un cahuate.

—Señorita... — dijo la criada—. El pe... rió... di... co...

—Trae, mujer... y cuidadito con caerte...

Tomó Elisa el diario, y alejóse la criada. Viéndola andar tan cachazudamente, Elisa pensaba que la muchacha tenía una ventaja sobre los demás mortales, y esa ventaja era la siguiente: tener tiempo de quitarse de la cabeza la idea de suicidarse, mientras caía al vacío.

¡¡.....!!

¡Claro! Como que no se daba maña para nada, si se arrojaba de un tercer piso a la calle, antes de llegar abajo transcurriría un par de horas al menos.

Como se ve, no hay bien que por mal no venga.

Elisa hojeó el periódico y sus ojos brillaron intensamente al leer un suelto interesantísimo.

¿De qué se trataba?

¡De un drama conyugal!

¡Qué interesante!

Las titulares rezaban así::

UN MARIDO LE PEGA A SU MUJER
PORQUE COQUETEÓ CON OTRO

La maltratada esposa niegase a denunciar el hecho a la autoridad competente, por considerarlo una prueba de amor varonil.

Elisa saltó del lecho, cubrióse con una finísima bata y fué al encuentro de su marido, que se estaba puliendo el rostro.

—¡Víctor!

—¿Qué te pasa? ¿No ves qué me estoy afeitando?

—¿Y eso qué importa? Tengo que preguntarte una cosa.

—¡Pero, niña, que me voy a cortar! No me toques el brazo.

—No seas exagerado, y atiéndeme... ¿Qué harías tú si yo coqueteara con otro?

—¡Qué sé yo!... Ello dependería de las circunstancias... de... de mil cosas.

—¡Qué circunstancias ni qué narices! ¿Qué harías?

—Yo... pues... La verdad, a nada conduce pegar a una mujer. Y es una acción impropia de un caballero... y que, además, puede costarle varios días de cárcel.

—¡Jesús! ¡Qué hombre! Tú no tienes sangre, Víctor.

—¡Cuidado, Elisa! No quieras ver si tengo sangre o no, obligándome a que me corte con la navaja. ¡Déjame el brazo en paz!

Elisa, gatita furiosa, se alejó hacia el baño, y desde aquel momento no vería más a Víctor... hasta la hora de comer, a su regreso de la oficina.

Un poco después, Elisa salía sana de cuerpo y tan loca de espíritu como siempre del baño, se puso unas medias finísimas, una primorosa camisita, y cubrióse con una caprichosa bata, que no era bata ni camisa... ni nada... puesto que buena parte de sus encantos quedaban tan al descubierto como si nada los velase.

Para contemplar a sus anchas la esplendidez del día, Elisa se asomó a una ventana, y en las alturas, algún angelillo travieso, al ver perfilarse en el marco de aquélla la deliciosa silueta de la locuela, hubo de contener el afán que agitaba sus alas para trasladarse a la tierra, porque el viajecito valía la pena. Pero San Pedro les intimó con sus venerables barbas.

Juan se divertía solo jugando al golf en

su jardín. Se le había metido entre ceja y ceja que no iría a trabajar, y, nada, no fué, ni iría en todo el día.

Elisa le vió, y comprendiendo que se aburría tan solo, tuvo una idea propia de su mente siempre a la zaga de diabluras.

Llamó a la criada y le dijo:

—Ya verás qué susto vamos a darle a nuestro vecinito.

—Bueno... — respondió, encantada, la mulata.

—Ve a abrir la puerta, y quédate luego en la cocina. Si te necesito, ya te llamaré.

—Bueno...

—¿No me has oído?

—Claro...

—Pues márchate...

—Mucha prisa tiene mi amita...

—¡Anda, mujer!... Pareces una boba...

Paso a paso la criada desapareció, y entonces Elisa, asomándose de nuevo a la ventana, tal como iba, muy ligerita y encantadora, gritó haciendo gestos desesperados:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay!
¡Uy! ¡A mí!...

Juan oyó los gritos, y al levantar la cabeza hacia la ventana de su linda vecina vió como ésta se apartaba de ella tal que si alguien la hubiese empujado desde la parte oculta de la habitación.

—¿Será Víctor quien se pelea con Elisa? — se dijo Juan.

Pero al punto desechó esa suposición, porque era imposible que un matrimonio como ellos llegase a disputarse en forma tal que la esposa se viese obligada a pedir auxilio.

Y sin detenerse a reflexionar más, Juan se lanzó hacia la casa vecina, con el ánimo de defender a Elisa.

¿Qué se proponía la atolondrada mujercita?

Ya lo había dicho; darle un susto a Juan.

Preparóse a dárselo y se echó sobre un diván, fingiendo haberse desmayado.

Al presentarse en la habitación donde ella se hallaba, Juan quedó atónito.

¡Zambomba! ¡Qué posturita la de la vecina! Margarita era bella, pero Elisa tenía unos pedestales...

—¡Qué suerte tiene ese Víctor! — pensó Juan.

Pero no era aquel el momento más oportuno para meterse a arquitecto imparcial que sabe analizar el valor de las obras que no son suyas... Por otra parte, no le convenía examinar demasiado, porque, frágil de cabeza, sería capaz de perderla...

Alcanzó a Elisa y dedicóse a retornarla.

—Elisa... Elisa... ¿Qué tiene usted?... ¿Qué ha pasado?... ¿Dónde está el miserable que la apartó de la ventana?

Al fin la seudo sincopizada volvió a la razón y miró agradecida por haber acudido a salvarla, a Juan.

—¡Oh, vecinito! ¡Qué susto me llevé!

—¿Qué ha ocurrido, Elisa?

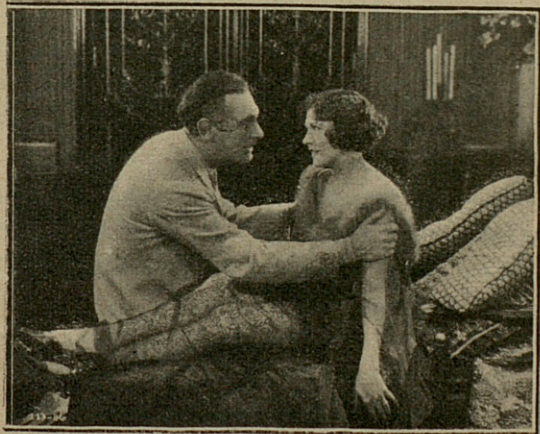
La pícara se incorporó, y sin importarle que sus torneadas piernas estuvieran casi al descubierto, dijo a Juan:

—Un ratón con unos dientes que parecían puñales me miró como si tratara de mordeme... ¡Ay, si supiera usted qué espanto me dió!

Juan no necesitó más para comprender el ardid de Elisa para que él se reuniese con

ella por ganas de bromear y burlarse de él, y contestó sonriente:

—Ahora mismo voy a buscar una trampa para que caiga en ella ese osado animalito.



—Merecería usted que le castigase por mentirosilla...

—¡Oh! No se moleste... Ya no volverá...

—Ya... ya... Merecería usted que se le castigase por mentirosilla... Pero su graciosa habilidad es merecedora del perdón y la invito a dar una vuelta.

—¿De veras? ¡Mil gracias! Voy a vestirme.

—No se entretenga mucho. Yo, entretanto, prepararé el automóvil.

Elisa estaba satisfecha del resultado de su travesura, y se reunió poco después con Juan, partiendo ambos, en el *auto* del primero, rumbo a un lugar donde se comía bien y se bailaba hasta caer rendido.

Mientras que Margarita, por una parte, y Víctor, por otra parte, pensaban en su hogar, donde se condensaban todos sus anhelos y todas sus alegrías...

...Que nada era para ellos tan bello como el nido de su amor...



A las siete de la tarde Margarita, en el jardín de su casa, cortaba flores de almenadro, con sus manos de princesa, para adornar su risueño interior.

Víctor, de regreso de la oficina, se extrañó de no encontrar en su jardinillo a Elisa. ¿A

qué obedecía aquella ruptura de la costumbre? ¿Estaría aún enfadada Elisa por su respuesta a la tontería de la pregunta de la mañana?

La presencia de Margarita en su dominio, lindante con el suyo, pareció compensarle de la ausencia de Elisa del puesto de guardia habitual.

Precisamente Margarita cortaba en aquel momento unas florecillas que brotaban en la especie de muro de vegetación que separaba los dos jardines.

Víctor se acercó al zócalo verde y saludó cordialmente a Margarita, quien correspondió cariñosa a su saludo.

—Usted siempre con las flores, Margarita...

—Son amables compañeras... Me gustan mucho...

—Eso prueba su gusto exquisito...

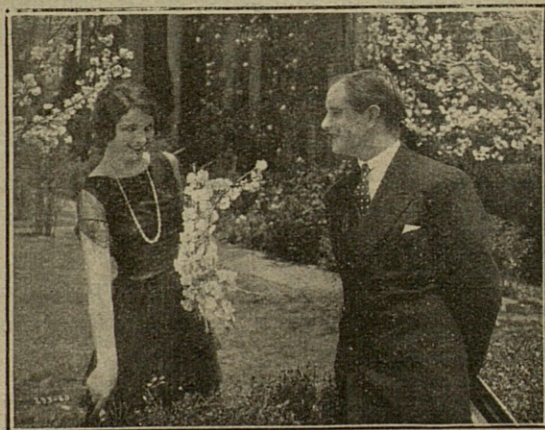
—Que es el de todas las mujeres.

—Es usted excesivamente modesta. No digo que a mi esposa no le gustan las flores, pero, sin duda, no tanto como a usted... No tiene tiempo de cortalas...

—Acaso tenga más ocupaciones que yo...

—Me resisto a creerlo.

Dialogando así estaban Margarita y Víctor, cuando se presentó ante éste la criada mulata, mascando goma.



—*Usted siempre con las flores, Margarita.*

—¿Qué pasa, Anastasia?

—Amita telefoneó... que no la esperase el amito a comer.

—¡Qué raro! No me había dicho nada...

Víctor meditó breves momentos sobre el motivo que impedía a su mujercita venir a comer

en su compañía. ¿Habría ido a ver a su madre, y ésta la retuvo quieras que no todo el día? No podía pensar otra cosa.

La mulata regresó a la casa, y recobrando su sonrisa, que tan simpático hacía su rostro fino y delicado como el de un niño... un poco crecido, Víctor dijo a Margarita:

—Elisa me ha dejado viudo por esta tarde. Es la primera vez. No sé si voy a saber resignarme...

—Juan telefoneó también avisando que llegaría tarde porque tenía que tratar con varios comerciantes de Charleston — dijo, a su vez, Margarita, que, en efecto, no esperaba a su esposo.

—¡Qué casualidad! Los dos somos viudos... por unas horas.

—Los dos, sí; y se me ocurre una cosa.

—Agradable ha de ser, ocurriéndosele a usted. ¿Qué cosa es?

—Muy sencilla... ¿Quiere usted que comamos juntos? Así se nos hará el tiempo menos largo.

—¡Agradecidísimo, Margarita! Es usted la esencia de la amabilidad.

—Pues entremos en casa. La comida está preparada.

Víctor no se hizo de rogar, pues tenía apetito.

Ya en la mesa, muy bien servida por la propia Margarita, que prescindía de criada, bastándose a sí misma para cuidar de su hogar, de su marido y de ella, Víctor se dispuso a darse un banquete en toda la extensión de la palabra.

¡Qué mesa! ¡Si sólo de verla tan limpia, tan delicada, invitaba a tener apetito para tres comidas!

Víctor no estaba acostumbrado a comer a sus anchas, y, sobre todo, calentito.

Ni qué decir tiene, pues, que se mostró muy complaciente con su estómago, dando gusto a su paladar, y no se lamentó ni por asomo de su viudez accidental.

Al llegar a los postres, Margarita preguntó a Víctor:

—¿Le gusta a usted la torta de limón? A Juan le encanta.

Víctor contestó afirmativamente, y para confirmar su aseveración, se comió casi las dos

terceras partes de una señora torta. ¡Con decir que tuvo que interrumpirse unos momentos para recobrar aliento, pues el peso de la comida obstruía el canal de la respiración!

Coincidiendo con lo que ocurría en casa de Margarita, en una venta de los alrededores de la ciudad, titulada "El León de Oro" Juan y Elisa comían tranquilamente, más frescos que flores mañaneras y con buen apetito también.

Pero hacían asimismo algo que no estaba en el programa de Margarita y Víctor: bailaban como estudiantes.

Juan estaba encantado de lo locuela que resultaba ser Elisa, y Elisa se consideraba inmensamente feliz evocando, trenzando danzas con Juan, los tiempos terriblemente revolucionarios de su... ¿de su qué? Ibamos a decir incipiente juventud, pero nos damos cuenta de que el temperamento de Elisa era de los que se conservan eternamente jóvenes.

Durante uno de los descansos entre baile y baile, Elisa contempló una escena que le interesó en grado sumo, tanto, que siguió, sin

omitir detalle, todas las incidencias de la misma.

He aquí lo que fué:

En una mesa situada enfrente de la que ella ocupaba con Juan, un matrimonio, o lo que fuere, se disputó por haber sorprendido el hombre a la mujer aceptando las galanterías dudosas de otro caballero.

El ofendido comprendió que no era correcto gritar en el restaurante, delante de todos, y como no pudo gritar, tuvo que pegar. Y propinó a la mujer tal bofetada, que, a no dudarlo, Sansón se hubiese puesto a llorar como un cagoncito.

Eso, el bofetón, gustó la mar a Elisa. ¡Qué hombre aquel! ¡Qué tipo más interesante! ¡Qué energía!

Juan contempló la escenita, pero mucho menos entusiasmado que Elisa. ¡Rechufla, qué tortazo le había dado aquel bruto a aquella figulina!

Elisa le arrancó de su asombro, preguntándole con ardor:

—¿Qué haría usted en su lugar?

¿Que qué haría? Cualquiera lo sabía. No

obstante, Juan, sin vacilar, comprendiendo que Elisa era partidaria de los golpes, contestó:

—Proceder con mucha firmeza y mucha amabilidad.

A lo que ella, suspirando rendidamente, repuso:

—Ya me lo suponía... ¡Es usted admirable, admirable!

Y de buena gana le hubiera besado ruidosamente. ¡Qué hombre!



Después de la opípara comida con que le obsequió Margarita, Víctor se sentía inspirado, y, dotado de voz, o, mejor, ilusionado de que tenía voz, manía muy corriente, improvisaron los dos un concierto, cantando él y tocando el piano ella.

Pero la digestión de Víctor era de pronóstico, y el simpático niño grande hubo de desabrocharse la cintura del pantalón, para per-

mitir la necesaria dilatación a su estómago.
¡Demonio, la torta hacía efecto!

Margarita tocaba discretamente el piano, y, naturalmente, los gallos de Víctor herían su



...improvisaron los dos un concierto, cantando él y tocando el piano ella.

fino oído; pero así y todo, paciente y bondadosa como era, siguió tocando y Víctor no se cansaba de cantar.

Durante una pequeña pausa, Margarita dijo a Víctor, sonriente:

—Canta usted muy bien.

—Parece increíble — respondió él —, porque jamás he estudiado canto.

—Es prodigioso.

—Canto como los ruisseños, sin saber por qué.

—Envidio a su esposa porque debe pasar unos ratos deliciosos oyéndole.

—Los pasaba ¡ay! los pasaba... cuando éramos recién casados.

Había un poco de melancolía en la réplica de Víctor. Alma romántica, mística, el carácter bullicioso de Elisa rompía el ritmo de sus ideas y de sus sueños. En una palabra, así como Margarita le toleró que cantase hasta que él mismo se cansara, Elisa, cuando le oía, se marchaba al jardín para que no le diese un ataque de nervios gritándole que se callase.

Margarita sonrió para sí y alegróse de que Víctor la invitase a salir al jardín, para contemplar la noche, la luna, las estrellas ¡ay!... ¡ay! ¡ay! ¡ay!

En el jardín fueron a sentarse en un banco adosado al tronco de un almendro en flor.

Víctor, bajo la influencia del ambiente, embriagado del olor de las flores, y maravillado



—Los pasaba, ¡ay! los pasaba... cuando éramos recién casados.

de la sin par belleza de Margarita, mansa, humilde, callada, adorable, bendecía tenerla a su lado, y, comparándola con Elisa, le resultaba

desagradable la comparación por lo que se refería a su esposa.

Y como suele ocurrir en casos como el suyo en que se otorga plena confianza en la persona admirada, Víctor le habló un poco de su vida, como el novio cuando empieza a cortejar a la amada.

—Mi padre quería que yo estudiara para cantante de ópera, pero me empecé en casarme, y ya se ve...

Ese "ya se ve" significaba "adiós ilusiones".

Margarita le escuchaba amablemente, y a causa de ello, abusando de la atención que ella le dispensaba, Víctor hablaba por los codos.

De pronto oyeron la trepidación del motor de un automóvil.

Levantaron la vista hacia la carretera y vieron llegar a Juan en compañía de Elisa.

Víctor y Margarita se interrogaron mutuamente con la mirada.

¿Qué significaba aquello?

¿Se habían encontrado, acaso, casualmente,

en el camino, y tuvo Juan la galantería de ofrecerle un sitio en su coche?

Tal vez.

Pero...

Al apearse del coche, frente a la casita de Elisa, ésta y Juan se despidieron afectuosamente... y excesivamente risueños.

Víctor no sabía si mirar a Margarita o seguir mirando a su esposa estrechando la mano del vecino.

Optó por continuar observando a la pareja, y su corazón dió un salto, que pudo ser mortal, en su pecho, al ver como Elisa, al punto de despedirse definitivamente, se erguía para, indudablemente, dar un beso a Juan.

Este, que no era temerario, no quiso exponerse a que alguien los viese en tan crítico momento y en tan crítica postura; por lo que evitó el beso que le brindaba la atolondrada Elisa.

Víctor y Margarita, que estaban un poco lejos de ellos, se separaron cambiándose un saludo silencioso, como no atreviéndose a manifestarse lo que ambos pensaban de sus sendos cónyuges.

Margarita entró rápidamente en su casa y desnudóse más rápidamente todavía, a fin de que su marido la encontrase en la cama, donde se haría la dormida.

Juan entró al poco en su casita, y como tenía un hambre canina, a pesar de que le había parecido comer estupendamente en la venta "El León de Oro", se encaminó a la cocina, buscando en la despensa los restos de la cena de su esposa.

Encontró un poco de torta de limón, y había que verle devorarla.

Cualquiera creería no había comido.

Y figúrense cómo sería el apetito que se traía, que no reparó siquiera en que su esposa había hecho una torta de buen diámetro y que no era posible que ella sola se hubiese comido cuatro partes como la que él acababa de engullirse.

Después de esa operación alimenticia, Juan se dirigió hacia su habitación privada, en la que, en cama individual, fingía dormir Margarita.

A fin de no hacer ruido, se descalzó y caminaba a tientas, cuando de súbito, reprimien-

do un grito de cólera, dió de bruces contra el suelo.

Un maldito clavó se le clavó en el pie.

Al caerse, Juan hizo tal ruido que Margarita se incorporó en el lecho para escuchar atentamente, temerosa de que le sucediese algo al esposo, por muy enfadada que estuviese con él por su sospechoso regreso con Elisa.

Juan permaneció un momento quieto, para asegurarse de que su esposa no daba señal de pasearse por la habitación.

Continuó el camino, y le dió un susto que no es para descrito la ocurrencia del "Cu-Cu" del reloj de pared, que se asomaba y desaparecía en lo alto del reloj, cantando las doce de la noche.

Repuesto de la emoción, Juan prosiguió su penosa marcha, mucho más penosa puesto que le dolía el pie, y al fin llegó a su cuarto.

¡Qué suerte que Margarita durmiese!

Desnudóse sin hacer el menor ruido, vistióse el pyjama, y cuando iba a meterse en la cama oyóse el escandaloso ruido de un plato que se hace añicos.

¿Qué había ocurrido? ¿Quién se hallaba en la cocina? ¡Ah! El gato, sin duda.

Recobrado de este nuevo susto, Juan se acostó, y pensaba que nada más le sucedería, cuando, al tumbarse, oyó como Margarita se agitaba en su lecho y encendía la lámpara bruscamente.

Juan se había incorporado en su cama y se encontró frente a frente con Margarita, que le miraba inquisitiva.

—¡Hola! ¿Qué tal, preciosa? — dijo Juan, dibujando sus labios la más hipócrita de las sonrisas.

Secamente Márgara repuso:

—¿Has trabajado mucho?

—¡Oh! No me lo digas... ¿Has visto nada igual? ¡Seis horas seguidas hablando de negocios con esos señores!

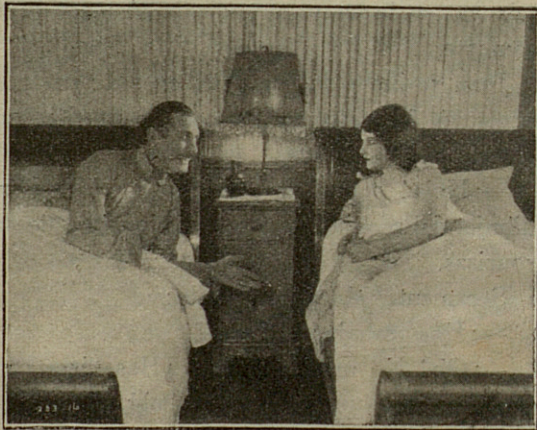
—Eres digno de lástima, mi pobre Juan... Trabajas demasiado...

El, sin comprender la ironía de las palabras de su esposa, continuó:

—¡Bah! Da gusto trabajar, aunque sea un día seguido, si se saca resultado... Se trata de una operación ventajosísima para mí...

Cuando yo digo "allá voy", no hay quien me detenga.

—¿Pero no me dijiste esta mañana que no tenías ganas de trabajar?



—¡Hola! ¿Qué tal, preciosa?

—Sí, es verdad... pero, como tú me dejaste tan solo, qué querías que hiciera?

No dijo más Márgara. Dejó que Juan creyese que ella no sospechaba nada, y apagó la

luz... pero, al contrario de él, no pudo dormir...

Entretanto, en casa de los vecinos, la escena que se desarrollaba no corría parejas con la de Juan y Márgara.

Elisa entró en su casa antes de que pudiera hacerlo Víctor, y extrañada de no encontrarle en el hogar, trató de sacar partido de la ventaja que le concedía la suposición de que Víctor salió y no había regresado todavía.

Víctor apareció ante ella minutos después de haberlo hecho la pícara, y se detuvo, severo, en el centro del salón, para censurar la conducta de la compañera.

Pero Elisa, que le había oído llegar, se paseó de una parte a otra de la habitación, como si le estuviese esperando desde mucho rato y furiosamente nerviosa.

Antes de que Víctor pudiese abrir la boca para proferir su justa queja, ella le dijo:

—¿Cómo se te ocurre dejarme solita en casa esperándote? ¿Crees tú que eso está bien? ¿Te parece correcto lo que has hecho? Tú no me quieres, Víctor, bien lo veo, y yo no puedo vivir de este modo, ¿lo oyes? ¡Dejar-

me sola, sola! ¡Oh! No te lo perdono, Víctor, no... ¡No me digas nada! ¡No me digas nada!

Víctor no se inmutó. Conocía a su mujer, y por toda réplica dijo:

—¿Has terminado ya?

—¿Cómo? ¿Es que no tengo razón?

—¿Quieres hacer el favor de decirme de dónde vienes? Te he visto llegar con Juan...

A otra que no hubiera sido Elisa, esta revelación la hubiese abrumado; pero Elisa era Elisa, y como tal se portó.

—Pues es verdad — dijo con naturalidad pasmosa—; me olvidaba de decirte que me encontré con él en el Club Campestre y tuvo la galantería de traerme a casa.

—Sí, ¿eh?

—Es cosa muy lógica, Víctor.

—Lo será para ti... En fin, no hablemos más.

Muy enérgico, dominado por los celos, Víctor separó las dos camas individuales, habitualmente, por obra y arte de Elisa, tan juntitas, y se acostó en la suya sin dignarse mirar a la atolondrada.

—¡Oh, Víctor! ¿Por qué separas las camas?

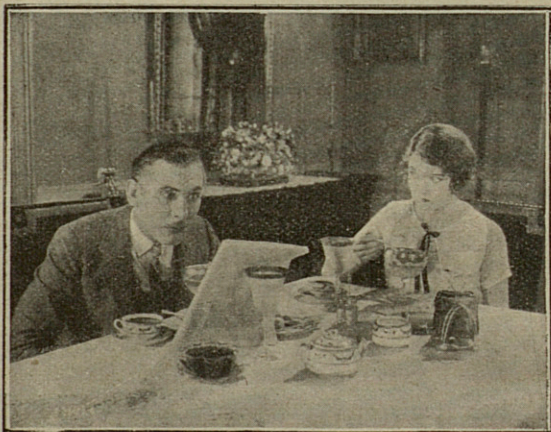
—¡Déjame en paz!

Elisa no insistió en presentar batalla, y durmióse tranquilamente.

Juan tenía la costumbre de soñar, y aquella noche su sueño reveló a Margarita, que no podía pegar los ojos y en cuyos bordes brillaban unas lágrimas, que los negocios de su esposo tenían relación con Elisa y una sesión de baile.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Juan leyó el periódico, procurando, para no azorarse, evitar el encuentro de las miradas de Margarita, ante la que se sentía culpable.

Pero si bien se libró de las miradas de Margarita, no pudo evitar que sus ojos tropezasen



...no pudo evitar que sus ojos tropezasen con un suelto del periódico...

en un suelto del periódico, que decía, en síntesis, lo siguiente:

LA POLICIA ALLANA LA VENTA DEL
"LEON DE ORO". — HAY MUCHOS
DETENIDOS

El establecimiento era teatro de fiestas que

se prolongaban hasta altas horas de la noche.

Juan se atragantó, y al observarlo, Margarita, disimulando no estar enterada de nada, le preguntó:

—¿Has dormido bien?

—Así, así... — dijo Juan esforzándose por sonreír.

¡Qué desastre si lo llegan a detener con Elisa!

—Esta noche has soñado mucho y, como siempre, en voz alta.

—¿Sí? — inquirió, asustado, el culpable.

¿Habría cometido, inconscientemente, la imprudencia de confesar a su mujer dónde había estado, y con quién?

—Ya lo creo. Nunca hablaste tanto... ni tan claro.

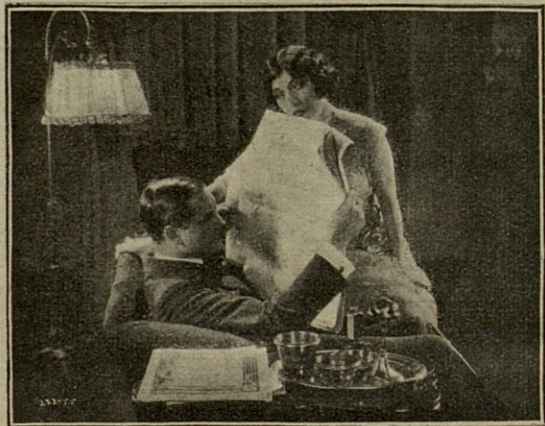
—Sí, ya... Los nervios... Es que esas conferencias en que sólo se habla de negocios, son capaces de causar pesadillas a cualquiera.

—Me hago cargo...

Por su lado, Elisa procuraba reconciliarse con su esoso, pero Víctor era enérgico en

aquella ocasión, fuerte gracias a los celos, y la reconciliación era imposible.

A la hora de partir hacia la oficina los dos esposos, las dos parejas se vieron en el jardín



...Elisa procuraba reconciliarse con su esposo...

de sus respectivas casas, y no contentándose con saludarse, como otros días, a tales horas, desde lejos, se acercaron, pues Víctor quería decirle algo a Juan.

Juan temía perder la serenidad.

—Le agradezco mucho que trajera anoche a casa a mi esposa — le dijo Víctor, mirando al mismo tiempo a Margarita.

A su vez, Juan, desconcertado, miró a su esposa y le dijo, como quien recuerda de súbito una cosa:

—No te había dicho nada ¿verdad? ¡Qué memoria la mía!

Y añadió, pero dirigiéndose a su vecino:

—¿Verdad que es curioso que no me acordara de decírselo a Margarita?

—Sí, sí, es muy extraño... pero... claro... no tiene importancia... el olvido.

No dijeron más los dos hombres, porque se despidieron de sus consortes, muy fríamente, por cierto, y se encaminaron, cada cual por su lado, a su trabajo.

Las dos mujeres quedaron solas y frente a frente.

¿Qué iba a pasar entre ellas?

Elisa rompió el silencio.

—Supongo que no le habrá disgustado que Juan me trajera anoche a casa. Dió la casualidad de que nos encontráramos en el Club Campestre, y como él es tan fino y...

—Se pasaría usted todo el día jugando al golf, ¿no es eso?

—Sí, y fué una partida muy animada. Me encontré con Adela West y con un señor que estaba allí.

—¡Es curioso! Porque da la coincidencia de que Adela West y yo estuvimos ayer haciendo compras.

—¿He dicho que estuve jugando con Adela West? ¡Qué atolondrada soy! Fué con Margarita Warren.

—Eso es más interesante todavía. Juan me dijo que se había pasado todo el día tratando de negocios.

Cogida irremisiblemente, Elisa replicó conteniendo torpemente su enojo:

—Pues... la verdad es... que puede usted creermelo...

—¿Quién ha dicho lo contrario?

Se separaron tan fríamente como lo hicieron con sus esposos, y Elisa hizo pagar a la cachazuda mulata su mal humor.

...

Por la noche, después de la comida, Juan, por decir algo a su esposa, dijo:

—Esta noche creo que hay muy buenos programas de radio. Vamos a ver.

Abrió el lujoso mueble poseedor del secreto de las ondas, y lo cerró casi al mismo tiempo.

¿Por qué?

He aquí lo que oyó:

—Amados hermanos míos: la plática de esta noche tendrá por tema: "Los peligros de la infidelidad".

¡Caramba! Todo se conjuraba contra él. ¡Vaya qué ocurrencia hablar de infidelidad después de lo ocurrido y con los celos que tenía Margarita!

Margarita le dijo, siempre suave, mansa, humilde, bondadosa:

—Tú estás muy nervioso, Juan, y es de tanto trabajar. ¿Por qué no te vas al campo por una semana a ver si logras descanso?

—Es una buena idea, pero no puedo descuidar mis negocios por tanto tiempo. Sin embargo, tú sí puedes irte. Te encuentro desmejorada.

—¿De veras, Juan?

—Sí, mujer, sí. Aunque me harás mucha falta, comprendo que debes irte por unos días.

—Bueno... Pero es una verdadera lástima que no puedas acompañarme... Nos divertiríamos tanto... Porque pienso invitar a Víctor y a Elisa.

Juan quedó estupefacto. ¿Era posible que él se hubiese negado a acompañar a su esposa, yendo con ella Elisa?

Sin dejarle tiempo para hablar, Margarita telefoneó a sus vecinos.

Elisa se puso en el aparato, y Márgara la invitó a ella y a su esposo a pasar unos días en su compañía en su casa en la montaña.

Elisa consultó con su marido, y Víctor, radiante de felicidad, aceptó:

Margarita, intencionadamente, dijo a su vecina:

—Me alegro mucho de que usted acepte, Elisa.

Y miraba a hurtadillas a Juan.

Hubo una pausa.

—Mañana mismo me iré — dijo Márgara.

Juan había vacilado en hablar, pero, al fin, dijo:

—Después de todo, me vendría muy bien una temporadita de descanso... y tal vez pueda acompañarte.

—¡Ah!

—No quería decírtelo, porque tengo mucho trabajo, pero el médico me ha recomendado que cambie de aires.

—Primero es tu salud, Juan...

—Sí, tienes razón. Iré contigo.



La naturaleza sonreía cuando salieron para la montaña, pero aquella sonrisa... era la calma que precede a la tempestad.

Al llegar a la casa que Márgara y Juan poseían en la cúspide del monte, los criados que trajeron los equipajes fueron mandados a la ciudad, para no regresar hasta que recibiesen orden de hacerlo.

Margarita no quería criados... y reuniendo a Juan, Elisa y Víctor en el *hall* de la casa, les dijo, colocándose frente a ellos:

—He dispuesto que se vuelvan a la ciudad los encargados de cuidar de la casa porque estorbarían para el pequeño experimento que quiero llevar a cabo.

Los que la escuchaban la miraron y se miraron sorprendidos. ¿De qué experimento les hablaba?

—Los cuatro nos hallamos en una situación



—He dispuesto que se vuelvan a la ciudad los encargados de cuidar de la casa...

bastante... complicada — continuó Margarita — y es preciso que busquemos una solución.

Juan y Elisa temblaron.

—Es evidente, Juan, que tú y Elisa estáis

enamorados — prosiguió Márgara—. Y no hay que ser muy lince para comprender que yo no le desagrado a Víctor.

Ahora ninguno osaba mirarse frente a frente. ¡Diablo, qué cosas tenía Margarita!

—En vista de ello — siguió diciendo la bella esposa de Juan dirigiéndose a Elisa—, tratemos de averiguar si nuestros maridos se sentirían más felices con un cambio de esposas.

Juan protestó:

—¡Eso es una locura! ¿Qué dirá la gente?

—¿Os detuvisteis tú y Elisa a pensar en qué diría la gente? — replicó con energía Margarita.

Se hizo el mayor silencio, y la valerosa mujer añadió:

—El experimento se hará en tal forma que ni el más suspicaz podrá criticarnos. Escuchadme con atención. Elisa y yo ocuparemos sendos pabellones. Tú, Juan, y usted, Víctor, dormiréis aquí. Yo guisaré para Víctor; Elisa para Juan. Todos nos comprometeremos a proceder lealmente; y ustedes, señores, se comprometerán a estar en casa a las diez de la noche todo los días.

Víctor estaba contentísimo. ¡Ahí era nada asegurarse una buena cocinera!

Por su parte, Elisa no cabía en sí de gozo al pensar que no envidiaría la felicidad de ninguna mujer al lado de Juan, tan hombre, tan simpático, tan dispuesto a jugar siempre.

Aquel mismo día empezó la prueba.

A la hora de la comida, Juan tuvo que ayudar a Elisa a preparar la comida, consistente en cosas de poca monta, por ejemplo, conservas alimenticias tan variadas como de gusto dudoso para un hombre de tan refinado paladar como Juan.

Pero la novedad de flirtear con Elisa parecía compensar a Juan del escaso yantar en puerta.

Elisa era tan atolondrada que, al ponerse polvos mientras preparaba los platos, se le cayó en uno de ellos, que puso al horno, la borla de aquéllos.

Y a la hora de comer, Elisa, que se creía sin duda una gran cocinera, le preguntó mimosa a su “marido” a prueba:

—¿Le gustan mis comidas?

Juan miró las rebanadas, enormes, de pan que cortaba Elisa, y tuvo que apartar al momento su vista de ellas. ¡Qué horror! En



—¿Le gustan mis comidas?

cuanto a lo que estaba comiendo, era más horrible todavía. No obstante, contestó:

—¡Oh! Mucho... mucho.

Pero de pronto sus dientes tropezaron en algo sólido... ¡la borla de los polvos!

Puede suponerse la mueca que hizo el *gour-*

met, y a fin de que Elisa no se diese cuenta de nada, aprovechó un momento de ausencia de ésta, que fué a la cocina, y tiró la comida, por una ventana, al jardín, incluso la borla que estuvo a punto de ahogarle.

Por el contrario, Víctor cantaba La Marsellesa comiendo a sus anchas. ¡Qué cocine-raza le resultaba Margarita! Con una mujer como ella se creía capaz de cantar de la mañana a la noche sin mezclar gallos... contentándose con los pollos al horno.

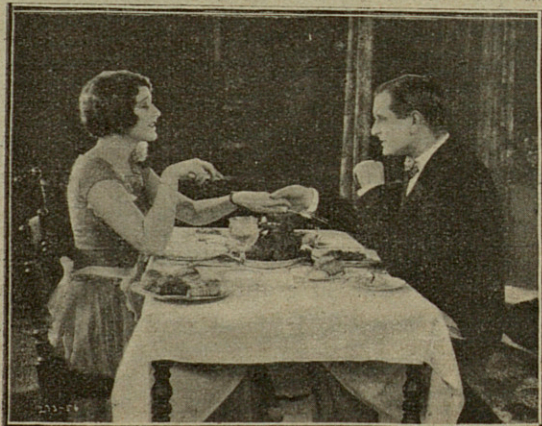
Estaba tan animado el místico, que se atrevía a demostrar su gratitud a Margarita acariciándola con la mirada el rostro, y las manos con las suyas.

Pero Márgara era seria y no admitía travesuras.

—Estése quieto, o le pincho con el cuchillo del asado — le dijo, para que Víctor le soltase una mano que había aprisionado.

Después de comer, Víctor, noblemente reconoció que no había comido tan bien desde que salió del hospital, durante la guerra, con lo que quedaba demostrado — y Margarita lo

celebraba — que Juan, tan comedor, debía pasar por un trance muy duro con Elisa.



—*Estése quieto, o le pincho con el cuchillo...*

Doce comidas después, Juan no era el mismo. Estaba de mal humor. Estómago vacío, cabeza anémica.

Elisa no se ocupaba de otra cosa que de conquistarle, insaciable de mimos, caricias y... comidas muy poco alimenticias.

Para completar, en la medida de lo posible, la escasez del alimento que tomaba, Juan comía avellanas a todo pasto; en vista de lo



—*Usted vive para comer.*

cual le dijo Elisa, ajena a que ella era la culpable del hambre atroz de su "nuevo" marido:

—Usted vive para comer.

A lo que Juan repuso:

—Las avellanas son muy nutritivas... y me gustan mucho. Además, un hombre como yo necesita alimentarse muy bien.

Para Víctor, como se supone, la vida se le presentaba más sonriente. Estómago satisfecho, buen humor y romanticismo agudo. Chiflado de Margarita... o de la cocinera, todo en una pieza, cantaba... para ayudarse a digerir.

Margarita, complaciente, convertía en edén el ambiente en que se deslizaba la existencia de Víctor de la mañana hasta las diez de la noche, pero al llegar esta hora, lo mandaba a su casa, para que se reuniera con su mujercita, sin concederle ni un minuto de propina.

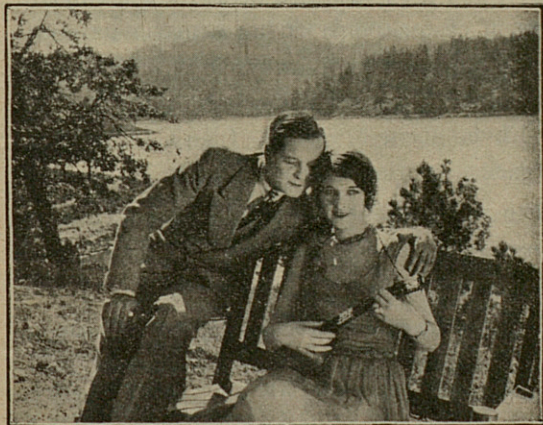
Una noche, al cruzarse ambos esposos al regresar cada cual a su pabellón, Juan dijo a Víctor, que se reía por lo bajo de su desgracia:

—¿Quiere usted chocolate? Es muy nutritivo.

—No, gracias — respondió Víctor—. La

comida de esta noche ha sido un verdadero banquete.

—¡Ah! Naturalmente... Yo... ¿Qué comieron ustedes, vamos a ver?



Margarita, complaciente, convertía en Edén el ambiente...

—Pues verá usted: pollo asado, con un relleno de castañas hasta allí.

Habló un cuarto de hora sin interrumpirse.

—¿Y no comieron ustedes torta de limón?

—le interrumpió Juan, haciéndose la boca agua.

—¡Que si he comido! ¡Casi una torta!

Alejóse Juan maldiciendo su suerte, y al llegar junto a su casita se detuvo a contemplar cómo su esposa ponía en un armario de conservación de alimentos, colocado en el exterior de la casa, un plato de succulento postre.

—Linda noche, ¿verdad, Juan? — le dijo Margarita, sonriente.

Juan sonrió también, pero forzosamente, y repuso:

—Hermosísima, Margarita, hermosísima.

Pero lo que más interesaba a Juan era apoderarse del postre y comérselo, pues se caía de debilidad.

Lo consiguió, y desde detrás de una ventana Margarita le contempló, previendo el próximo final de la lección que le estaba dando a su marido.

Otra noche, Juan y Víctor volvieron a encontrarse, y éste preguntó a aquél:

—¿Qué tal encontró usted a Elisa esta noche?

—Hecha un ciclón — contestó Juan, muy malhumorado—. Y Margarita, ¿qué tal?

—Sencillamente encantadora — dijo Víctor, que admiraba más todavía a Márgara por haberle sabido demostrar que no hay mayor tesoro que el amor y la fidelidad de una esposa, cosas ambas que un marido debe saber defender.

—Sí... Usted, como la generalidad de los maridos, no sabe comprender a su mujer.

—¡Ya! ¡Muy bien! Puede que sea verdad, pero, en cambio, sé comprender a su mujer de usted.

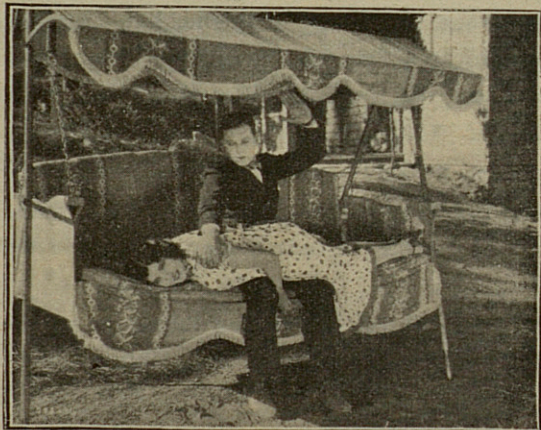
Juan se dirigió furioso en busca de su esposa, y al verla le disparó unas cuantas palabritas enérgicas:

—¿Conque cuando se trata de Víctor te muestras encantadora, eh? Y en cambio, conmigo eres un témpano de hielo. A mí nunca me trataste con esa dulzura... encantadora. A él no le dijiste que fuera formal. Eso de cambiar de esposas fué idea tuya... Ya estarás contenta, ¿verdad?

Margarita sonrió. Estaría contenta, sí, si él

estaba convencido de que no podía haber en el mundo mejor esposa que ella para él.

Juan reconoció su error, y vencido por la bondad de Márgara, se declaró derrotado.



La zurró en salva sea la parte...

—Tienes razón... Veo claro... Tú eres la única mujer que me conviene. De ahora en adelante seré otro hombre.

En tanto, Víctor, al encontrar a Elisa, la apresó entre sus brazos enérgicamente, y exclamó, sentándose en la mecedora del jardín

y obligando a su esposa a echarse sobre sus piernas:

—Ya sé el remedio que tú necesitas, y voy a aplicártelo.

La zurró en salva sea la parte, y entonces Elisa, lejos de quejarse, sonrió al ver que su marido era un hombre, todo un hombre, digno de llevar los pantalones.

—¡Qué bueno eres!

Y se realizó el milagro de jurarse que jamás se separarían, pues la felicidad sólo podían hallarla juntos.

Y como viene a cuento una conocida moraleja, ahí va:

Ama a tu prójimo como a ti mismo... pero deja en paz a la mujer de tu prójimo.

F I N

Próximo número:

LA ÚNICA MUJER

por Norma Talmadge, Eugène O'Brien, etc.

GRAN ASUNTO

Sea usted coleccionista de
Los Grandes Films

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.
¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El troco vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella.-Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.-El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8ª mujer de Barba Azul.-El Beo de la Victoria.-El proceso de Nan y Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos.-Dick, el Guardia Marina.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santificado.-La calle del olvido.-¿eben tener hijos los pobres?-Gorriones.-Risa de evante.-El Traatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida.-El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar.-Montecarlo.-Malvaloca.-La Favorita de la Legión.-Los hombres que pagan.-¿Chico o chica?-Su Alteza el Príncipe.-El circo del diablo.-La Máscara de Oro.-Juguete del placer.-Inocente condenado.-Cambio de esposas.

Precio de cada libro: 50 céntimos

